

muy presente que los hombres de negocios —los 'executives'— son el público, o al menos el grueso del público, a quien se destina la obra. El método consiste en extender las ideas de *El príncipe* de Maquiavelo a Ford, a Rockefeller, a Roosevelt, etc., limitándose, por lo general, a ver en qué rasgos coinciden César Borgia y Henry Ford. El resultado es bastante decepcionante, pues el análisis se suele limitar a esbozar unas biografías de los examinados insistiendo en las motivaciones que tenía Ford para echar a un empleado y analizar por qué no los echaba él personalmente. Después tomará el modelo creado por Carlyle para el héroe y finalmente el de Reisman para el hombre organización, o mejor dicho, su contrario, el *rule breaker*. Los últimos capítulos pasan como sobre ascuas por el marxismo y el 'social engineering' de E. Mayo, para terminar mencionando —mal— a los autores —no a todos ni mucho menos— que hoy se preocupan por estudiar el leadership.

En resumidas cuentas, el estudio es un intento de síntesis, no una anatomía, de lo que se ha escrito sobre los líderes. No se ha hecho una investigación, ni cuantitativa ni cualitativa, no se aporta nada que no esté expuesto con mayor claridad en otras partes. No deja de sorprender que los trabajos claves sobre el liderato brillen por su ausencia. Pongamos, entre muchos otros, los estudios de Max Weber, que siguen siendo la base de todos los que les siguen; los de Asch, que si figuran en la bibliografía no son utilizados, los de Lipset, primer estudio 'behaviorista' del liderato en los sindicatos obreros —éstos ni siquiera en la bibliografía están—, los de Laswell, los de Dahl, ni los de Verba, los más recientes de todos.

Si el libro puede dar una visión panorámica de lo que se hizo hasta antes de la última guerra sobre este problema, no guía ni muchísimo menos hacia la literatura científica actual sobre el liderato.

RAFAEL SEGOVIA

de El Colegio de México

Josefa M. SANTEL *Japan and the Philippines 1868-1898*, University of the Philippines, Quezon City, 1963. xv + 409 pp.

Las relaciones de Japón con las Filipinas se remontan al siglo xvi y buena parte del xvii. Aun antes de que Miguel López de Legaspi en 1565 explorara el archipiélago, lo colonizara y lo cristianizara, se habían desarrollado relaciones informales entre

los comerciantes de Japón y Filipinas. Menciona Legaspi, en una carta dirigida a Felipe II el 23 de julio de 1567 "que los japoneses y chinos vendían sedas, lanas, campanas, porcelanas, perfumes, hierro, ropa de algodón de color y estaño a cambio de oro y cerca de los nativos de Luzon y Mindoro". (Pág. 24).

Estas primeras relaciones japonesas-filipinas están íntimamente ligadas con la historia de Japón del siglo xvi conocida como el "Siglo Cristiano". Japón se encontraba en vías de desintegración política; pero su interés de extender su comercio hacia las Islas del Sur, era notorio. Al lado de los mercaderes normales, los "wako", desarrollaban actividades piratas que los llevaron a recorrer esos lugares. Por una parte existía el interés de Japón en expandir su comercio exterior y por la otra estaba el del soberano español en extender las misiones cristianas en el Oriente.

El movimiento de integración política de Japón lo iniciaría Oda Nobunaga y la total reunificación del país se lograría bajo Toyotomi Hideyoshi en 1590, a quien vemos, dos años después dirigiendo una invasión a Korea, con miras a establecer nexos comerciales con China y "en estos días enviaba también una misión diplomática a Filipinas para obtener su sumisión". (Pág. 27) La autora señala que en estas relaciones japonesas-filipinas se vio un movimiento mayor de misioneros de Filipinas que de comerciantes. Los verdaderos mercaderes eran los japoneses.

Hideyoshi deseó siempre la completa estabilidad de su país; así, aunque por más de una década nunca actuó desfavorablemente contra los cristianos, al comenzar a ver en los religiosos cierta fuerza proselitista entre los "daimyos", tomó medidas drásticas para reprimirlos. El primer edicto de destierro de todos los misioneros del Japón fue decretado en 1587. Sin embargo, Josefa Saníel dice que si Hideyoshi guardó buenas relaciones con los franciscanos de Kyoto, que trabajaban bajo la protección de las misiones diplomáticas españolas desde Las Filipinas, fue porque "tenía esperanzas de que por este camino se incrementaría el comercio hacia esa dirección". (Pág. 28)

De este comercio entre Japón y Filipinas, "Filipinas se beneficiaría porque aquél era proveedor de productos alimenticios, tales como la harina, cuya producción no se lograba en el archipiélago, y Japón podía obtener la seda de los chinos, que estaba en gran demanda en Japón mismo. Aquí se conseguía únicamente por "los mercaderes de Nagasaki que traficaban con los portugueses de Macao". (Pág. 29)

A la muerte de Hideyoshi le sucedería Tokugawa Iyeyasu, el más poderoso "daimyo" que lo asistía en ese entonces. Éste,

después de la Batalla de Sekigahara en 1600, fundaría el "Tokugawa Bakufu o Shogunate", sistema de gobierno destinado a prolongarse por más de dos siglos y medio. Iyeyasu siguió una política muy semejante a Hideyoshi en lo que respecta al comercio y la cristiandad. Vio también en los religiosos de la compañía de Jesús y los cristianos que se les unían, un peligro para el buen control de su gobierno. Así, sus medidas fueron las más violentas y se desató el más enconado movimiento anticristiano. Con el Segundo "Shogun", la presión aumentó. En 1637, el movimiento de Shimabara en Kyushiu fue pretexto para suprimir con mayor intensidad el cristianismo y fue también el momento en que se decidió aislar el Japón del mundo externo. El decreto fue proclamado el 6 de agosto de 1639, por tanto, las relaciones japonesas-filipinas terminaron. Japón tan sólo tenía un contacto con los holandeses y chinos en la Isla de Deshima en la Bahía de Nagasaki y no sería hasta el año de 1868 cuando abriría oficialmente sus puertas al extranjero. Desde luego con España y consecuentemente con Filipinas.

La autora estudia precisamente las relaciones japonesas-filipinas que se iniciaron en este año de 1868 con el establecimiento del consulado japonés en Manila hasta el año de 1898 en que Filipinas fue anexada a los Estados Unidos. Estas tres décadas de relaciones fueron cordiales. Pero a causa de la mala administración del gobierno español, éste perdió las Filipinas y a causa de una inexplicable indecisión del Japón, fueron anexadas a los Estados Unidos. A lo largo de los ocho bien estructurados capítulos (El Preludio, 1565-1868; Décadas de Prueba, 1868-1888; Bases Ideológicas: Nacionalismo-expansionismo; Bases Ideológicas: Los Motivos para el Expansionismo; Relaciones de Comercio: Una Realidad; Temores e Intenciones; Implicaciones: Relaciones Oficiales; Implicaciones: Relaciones no oficiales), se respira esta situación no decisiva del Japón. ¿Por qué actuó Japón con tanta delicadeza ante España y vio sin perturbarse la anexión a los Estados Unidos? Será la incógnita por mucho tiempo, ya que en la casi exhaustiva bibliografía que recogió Josefa Saniel no encontró un documento que aclarara esta extraña actitud.

Japón, Europa y los Estados Unidos, desde mediados del siglo pasado convertidos en países manufactureros, estaban llamados a expandirse en busca de nuevos mercados y áreas de inversión. "Esta nueva urgencia hacia la expansión está referida como ne imperialism —también se la ha llamado imperialismo nacional o imperialismo económico". (Pág. 1) Anota la au-

tora en el capítulo III que los nacionalistas de Japón exponen los argumentos para su expansión en los siguientes cuatro términos: 1) Sobrepoblación. 2) Necesidad de materias primas y alimentos. 3) El derecho de autodefensa. 4) Misión de civilizar y ayudar a las áreas atrasadas del mundo, especialmente a sus vecinos. (Pág. 73) En los planes de expansión, Filipinas estaba incluida, y el primero que se interesó en este archipiélago fue Yoshida Shoin. (Pág. 74) Por otra parte, Enomoto Buyo hablaba de que la "emigración es actualmente el más urgente negocio para Japón". (Pág. 79) Sin embargo, casi todos los proyectos quedaron sin realizarse. Lo que puede considerarse como una realidad para Japón y Filipinas son las relaciones de comercio, aunque "cargadas con los temores de España e intenciones de Japón". (Pág. 144) Así, por infinidad de circunstancias, ni Japón, ni España, actuaron enérgicamente para retener las Filipinas. Con el tratado de París celebrado entre España y los Estados Unidos en 1898 aquella cedía a éstos, las Filipinas. Después de la Segunda Guerra Mundial, obtuvieron su independencia.

La meritoria obra de Josefa Saniel, ampliamente documentada, es de buena calidad académica. Esto aunado a un claro método de exposición con manejo hábil de infinidad de documentos que consultó en los archivos de Japón, Filipinas y la Biblioteca del Congreso de Washington (muchos de los cuales aparecen reunidos en el apéndice), colocan a Josefa Saniel en un lugar destacado en la historia de las relaciones japonesas-filipinas.

MARÍA ELENA OTA MISHIMA
de El Colegio de México

Hélio JAGUARIBE, *Desarrollo económico y desarrollo político*, EUDEBA, Buenos Aires, 1964. 215 pp.

En 1962, tras el fracaso del ensayo de bonapartismo que presentó el gobierno Janio Quadros, la sociedad política brasileña, viviendo la tregua impuesta por el régimen parlamentario, veía dibujarse un nuevo intento de liderazgo bonapartista, basado en el frente militar-obrero-burgués que utilizaba el presidente Joao Goulart para restablecer el presidencialismo. Entre los muchos trabajos sobre el bonapartismo que se escribieron en la oportunidad en Brasil, ninguno sobrepasa en sistematización éste que publicó Hélio Jaguaribe y que acaba de aparecer en lengua española.